

Antielericalismo en acción

¡AHÍ ESTÁ LA TIRANÍA!

Ya ha dado un avance la que podemos apellidar incisa Ley de Asociaciones.

Preludio que ha de ser de tenacísima campaña contra los sectarios gobernantes y contra los tiranos bufos que se sienten Tartarines contra la Iglesia y las Congregaciones religiosas que no tienen, en estos días de grandes despojos y latrocinios, cañones ni buques de guerra con los que pudiera apestar un poco el matonismo de ese Canalejas esclavo de todos, hasta de los detritus sociales del arroyo, y víctima de su incurable vesania...

Pero a primera vista puede apreciarse ya que se trata de cometer con las Congregaciones religiosas en España el más infame de los despojos y vandálicos atropellos. Se las despoja de toda especialidad, de su carácter religioso, y se las somete a la ley común de asociaciones, queriendo codearlas sin duda con los antrós de la anarquía y los turgios del vicio y del crimen; ya que en España todo va a poder vivir en el más desbordado de los libertinajes, excepto los religiosos y religiosas, y tras éstos las personas decentes y honradas, que a seguir Canalejas en el poder va a ser exacta la frase de que el África comienza en los Pirineos, y será África de los salvajes lobeznos que crían las malditas libertades, y la de los apaches que vienen ya irrumpiéndonos por no haber «candado» para éstos en las fronteras.

Y despojando a las Congregaciones religiosas de su carácter religioso, claro que se prescinde de Roma y de Concordatos! Y por eso en la ley ni se menciona la Iglesia, ni autoridad alguna de la misma. Con esto se ve, pues, que a las Congregaciones se las desvirtúa por completo, se las desnaturaliza en absoluto, como si fueran entidades bordes, sin autoridades en sus Constituciones, sin dogmas ni moral alguna en sus creencias y costumbres y sin espiritualidad alguna en su razón y modo de ser. El atentado, pues, tanto como contra tales Congregaciones, va contra la santa Madre Iglesia y contra la autoridad del Papa y de los Prelados, que a la Iglesia, al Papa y a los Obispos y al Catolicismo, en una palabra se les arrebatan esas hijas queridas, «niñas de sus ojos», según frase del gran León XIII, hijas del espíritu evangélico, amamantadas con la leche de la doctrina católica, y educadas bajo la más severa de las disciplinas eclesiásticas.

Esto sólo constituye un atentado vil, una grosera injuria, un salivazo in-

mundo del «Poder civil» a la Autoridad, al Dogma y a la disciplina de la Iglesia católica: salivazo, injuria y atentado que jamás toleraremos los católicos españoles.

He ahí la gran iniquidad. Lo sólo comentado es más que suficiente para que los católicos no queramos saber ni una palabra más del esperpento de Canalejas. Nos basta y sobra de ello para saber cual es nuestra suprema obligación de hijos fieles de la Iglesia. Y a fe que sabremos cumplir con ella.

Los ingleses están soliviantados porque, según ha dicho Lord Charles Beresford, por el año 1914 tendrá Inglaterra sólo 41 acorazados de combate y Alemania que está construyendo rápida y sigilosamente 9 grandes unidades contará en igual fecha 38 acorazados modernísimos y con sin iguales condiciones de combate.

¡Viva la fraternidad universal y el progreso moderno!!

Sonrisas leves

Al parlachín abogado
que te jura por su vida
que tu causa (ya perdida)
es para él pleito ganado,
aunque no ignora el menguado
que está en tu contra resuelta,
¡media vuelta!

Al «escriba» fariseo
que da cien y cien plumadas
con las plumas arrancadas
al infeliz por trofeo,
cuyo corvo pico feo
presto agarra y nunca suelta
¡media vuelta!

A la hermosura esplendente
idolatrada por todos,
reina de modas y «modos»
que se copian servilmente
y cuyo lujo insolente
trae a la corte revuelta,
¡media vuelta!

Al mercader que inhumano,
con su mercachía rancia
multiplica la ganancia
«dividiendo» al parroquiapo,
y echa en el género un grano
y dos libras en la envuelta,
¡media vuelta!

Al que sube cual la espuma
a costa de su decoro;
al que vende a peso de oro
ya la fama, ya la pluma;
al de conducta que, en suma,
no es por la razón absuelta,
¡media vuelta y media vuelta!

LUIS DE CASTRO

La caridad cristiana

Entre las virtudes todas que ennoblecen y dignifican al hombre, ninguna tan hermosa como la virtud de la caridad.

Así lo han entendido todos aquellos que han influido más o menos eficazmente en los destinos de la humanidad. Desde Cristo hasta Lutero, desde Buda hasta Mahoma, en la grosera idolatría como en el estúpido gentilismo,

en la culta Grecia como en la degradada Roma, todos, sin excepción, nos han impuesto su cumplimiento: legisladores y filósofos, theurgos y here-siarcas, los unos en sus escritos, los otros en sus preceptos.

Puede, pues, asegurarse que no hay religión o secta, culto o rito, en el cual no se prescriba la práctica de esta virtud, comúnmente bajo la forma de *limosna*.

* * *

Pero aunque informe el cuerpo de doctrina de todas constituyendo dogma o artículo, aunque en todas también se recomiende por vía de precepto o de consejo, en ninguna, no obstante, resplandece y brilla con mayor esplendor y magestad que en la religión cristiana.

Cabalmente la caridad es, por decirlo así, el nervio de la doctrina de Cristo.

Toda su vida, todas sus palabras y enseñanzas; todas sus obras, encaminanse a inculcar en nosotros la práctica de virtud tan bella.

La Sagrada Escritura nos presenta mil ejemplos. Suprimid, si no, de la religión cristiana la caridad, y veréis cómo se debilita y languidece como el árbol que, falto de savia, poco a poco pierde su lozanía y se consume y muere...

Pero no divaguemos.

En ninguna religión, dijimos, brilla la caridad como en la cristiana. En efecto; explayemos nuestra mirada sobre la redondez de la tierra, y doquiera que nuestros ojos divisen algo que nos impresione y haga palpar nuestro corazón, allí veremos a la cruz y a la caridad confundidas en amigable consorcio.

Ya en los hospitales, refugio del indigente, donde, representada por vírgenes, que no por mujeres, llamadas *monjas*, prodiga a manos llenas dulce consuelo sobre el triste y el infortunado; curándole las llagas del cuerpo, aplacando las penas del alma y abriendo su corazón, ahito de amarguras, a la resignación y a la esperanza; ya reparando los estragos de las inundaciones cuando los elementos, desbordados en su formidable corriente, todo lo arrollan y destruyen, sembrando por todas partes la desolación y la muerte; ya en los hospicios, donde inocentes seres, engendros de la abyección y a caso del vicio, encuentran en su amoroso y fecundo seno el alimento y en su corazón la ternura que les negaron ¡infames! sus propias madres; ya en esos llamados *asilos de los pobres*, donde el hombre, rendido en porfiada lucha por la existencia, encuentra el pan para su cuerpo cansado y la tranquilidad y alientos para su espíritu desfallecido; ya en los incen-

dios y terremotos, cuando la tierra estremecida parece desplomarse en horribles convulsiones...; pero ¿a qué seguir? Donde haya una lágrima que enjugar, una necesidad que socorrer, un infortunio que sentir, allí seguramente, encontraremos a la caridad cristiana enjugando esa lágrima, socorriendo esa necesidad, sintiendo íntimamente esa infortunio, y siempre procurando remedio al necesitado; consuelo al triste. Tal es la verdadera caridad.

* * *

No hay, sin embargo, virtud sin vicio en la naturaleza humana, como no hay tampoco rosas sin espinas en los tallos.

Bella y atractiva es la rosa, vivos son sus colores, delicado su aroma, pero ¿quién duda que si imprudentes nos arrojamus para cogerla, instintivamente retrocedemos, presa de un vivo dolor? Sus agudas espinas ¡ay! desgarran nuestras carnes. Es necesario proceder con cautela cogiéndola suavemente.

Flor la más delicada quizá de nuestra alma es la caridad; mas ¿quién duda que el veneno pernicioso del interés bastardo o del amor propio no satisfecho la envenenan y la matan?

No es, pues, verdadera caridad todo lo que parece serlo, como así mismo no es oro puro todo lo que reluce y brilla, sino oropel.

No; no puede ser verdadera caridad esa llamada *filantropía*, amiga del ruido y de la publicidad, porque frecuentemente no persigue ningún fin noble y desinteresado que la aquilate y avalore, porque se funda además en una mera complacencia o en una pueril vanidad. La caridad cristiana, por el contrario, purifícase en el crisol del desinterés y se funde en el amor de Dios y del prójimo.

Manifestación la más pura del amor divino, no anida en pechos rufes y mezquinos, ni en corazones duros y descreídos, sino en los pechos generosos y compasivos y en los corazones tiernos y sencillos, en las almas, en fin, grandes y cristianas.

En ellas, y sólo en ellas, la encontraremos tal cual es: pura, humilde y recatada.

¡Bendita caridad y bendita religión que así la practica!

S. T. F.

No es modo cristiano de dar limosna aquel que se ejerce por medio de bailes u otras fiestas llamadas de caridad o de beneficencia... La caridad cristiana socorre a otros con algún sacrificio propio del que socorre, no por medio de mundanas recreaciones.

P. Villada (Cas. consc. pag. 156)